

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante



A los pies de la Virgen

De hijos ante vuestro trono, Reina soberana, se halla hoy todo el pueblo de Cartagena; quien vertiendo lágrimas, quien musitando alabanzas, quien arrobado en éxtasis de amor. Unos y otros y todos dirigiendo sus plegarias, al unsono de sus cuitas.

Y Vos, desde lo alto, mirando compasiva a tus pobres cuanto queridísimos hijos, cómo luchan entre sí, faltos de caridad, entre odios y envidias, tratando de anularse, apiadándoos de ellos y correspondiendo centuplicadamente al amor que te profesan.

¿Quién es capaz de expresar la gradación del amor? Pues esto que no es dable contarse es posible sentirse ante el altar de María

Venid aquí, hijos de Cartagena y afiliados a ella: aplicad el oído sobre ese trozo de pulmón de esta noble ciudad, que se llama templo de la Caridad, y sentireis latir rítmica, sonora y constantemente el amor de los hijos de la Santísima Virgen de los Dolores.

También «la Redacción de El Eco de Cartagena» cae hoy una vez más a vuestras plantas, Madre nuestra, pidiéndoos por todo y por todos... con todo el fuego en que se abraza por vuestro santo amor.

APRECIACIONES

Dicia yo que la Virgen de la Caridad es para Cartagena vértice a que tienden y en que se unen todas las manifestaciones de su vida fecunda.

Ante su altar doblan la rodilla todas las clases sin distinción de matices. Ni aún, los que lejos de su patria chica luchan la batalla de la vida, olvidan a su Virgen, y todos testimonian su recuerdo ofreciendo sus donativos esparcidos, poniéndolos como quien dice en manos de la Virgen para que ella los derrame sobre los enfermos hospitalizados, en los cuales sus ojos miran la imagen de su Hijo pobre y el cristiano adora la representación de su Rey Inmortal.

Y con ser esto mucho, para mí es más la expresión de esas plegarias y de esas ofrendas. Ante su altar todos la llaman *Madre*. Desde su lecho de dolor, también los enfermos la llaman *Madre*. Luego hemos resuelto el problema de la fraternidad humana. Químicas utopías la proclamaron. El Evangelio la ha establecido en el mundo. Todos hermanos, pues todos nos reconocemos hijos de la misma *Madre*. Así es la fé, vínculo que une. Así es la caridad, crisol que funde los corazones.

Cartagena crece en su Virgen y ama a su Virgen. La tiene por *Madre*. Por eso vive la vida de la paz y del amor, que no entiende el lenguaje del individualismo que extermina. ¿No es por ventura la *madre* imán que atrae a todos sus hijos, manto que los cubre, calor que los anima?...

F. Cervero.

Arcepreste.

Reina de la Caridad

Por lo menos, en el día de hoy, aprendamos de veras a su escuela; aprendamos seriamente las lecciones de la Virgen de la Caridad.

Yo soy, nos dice, la Madre del amor puro e inmaculado; y por consiguiente, también soy la Madre del dolor más intenso, la Reina del sacrificio.

El amor, la caridad..., tienen su origen en el bien.

El bien no puede estar oculto, ni ocioso.

Es de suyo operativo, expansivo, comunicativo.

Y tanto mayor es su difusión y expansión cuanto mayores son los grados de bondad.

Llamamos *buena* a la persona que no es egoísta, sino que pone a disposición de los demás las buenas cualidades de que disfruta.

Y como esta difusión es varia, decimos que hay unas personas *mejores* que otras, porque son más difusivas en la comunicación de sus bondades.

Ascendamos hasta llegar a la plenitud de la bondad, del sumo bien.

Nos encontramos con Dios nuestro Señor.

Con Dios nuestro Señor, que nos abre con las manifestaciones de su incalculable beneficencia.

Así nos amó Dios que nos dió al que es objeto de sus complacencias, a su Hijo único, a su Verbo Eterno y Consustancial.

Y ese Hijo Unigénito, ese Verbo Eterno y consustancial al Padre, continúa las hazañas del amor eterno y sometiendo a las designios del Altísimo, se nos entrega El mismo voluntariamente, y nos da en prenda de ese amor a la criatura que fué constante objeto de sus predilecciones, a su amantísima Madre, la Santísima Virgen María, que también voluntariamente se ofrece, para nuestro perpetuo resaca y eterna liberación.

¡Virgen dulcísima del amor y del dolor!

¡Soberana Reina de la Caridad!

¡Qué desconocido es entre los mortales el amor divino de que son objeto constante y predilecto!

Sois proclamada *Reina de la Caridad*, y vuestro trono tiene su asiento en las ignominiosas rocas del Calvario... ¡el dosel que os cubre lo forman los brazos ensangrentados de la Cruz...!

Cerca de Vos un discípulo fiel.

Unas cuantas mujeres piadosas.

Los crueles y sanguinarios verdugos del mejor y del más hermoso entre los hijos de los hombres.

Allá abajo...

La muchedumbre siempre descontentadiza y voluble, con sus legiones de enfermos curados, de necesitados tantas veces espléndidamente socorridos por las manos de vuestro Hijo.

Esa es vuestra corte.

Y sin embargo reináis.

Y reináis desde el Calvario.

Y vuestro Hijo queridísimo reina desde la Cruz como canta la Iglesia: *Regnavit a ligno Deus*.

Y hacia aquellas cumbres se sienten atraídas todas las cosas como inmovible centro de gravitación del mundo moral.

Es el reinado de la caridad para la redención del género humano.

La redención mediante el sacrificio. Y el sacrificio es destrucción, trituración, aniquilamiento de la víctima sacrificada.

Redención, según los planes de la Divina Providencia.

Sacrificio, mediante el cumplimiento

de la Divina Voluntad.

No hay verdadera caridad en donde no hay verdadero sacrificio.

No hay sacrificio meritorio en donde no hay y sumisión completa al divino querer.

El más estupendo misterio que contemplaron los siglos tuvo su preámbulo en las siguientes palabras pronunciadas por la encantadora doncella de Nazaret: *He aquí la esclava del Señor*.

Héme aquí—dice Jesucristo al entrar en el mundo—*Héme aquí que vengo, según está escrito de mí al principio del libro, para cumplir, oh Dios, vuestra voluntad* (Hebreos, XI, 5, 6, 7).—El salmo dice: *¡Oh mi Dios! En ello he consentido, y vuestra ley está en el fondo de mi corazón*, (Salmo 39).

Cuando vemos socorrer al pobre, amparar al desvalido, asistir a los enfermos necesitados, cuando realizamos o vemos realizar estas u otras parecidas obras de misericordia, profundamente conmovidos no podemos menos de exclamar:

¡Qué hermosa es la Caridad!

Pero esto solo no es toda la caridad sino una muy insignificante de sus infinitas manifestaciones.

Puede hacerse todo eso y mucho, más careciendo en absoluto del valor y del mérito de esa bellísima virtud.

Altruismo... filantropía..., socorros recolectados con el descuento de las diversiones..., con el porcentaje de las alegrías..., con la usura de los placeres acaso proscritos por la Ley del Señor... ¡atrás! vosotros no podéis ocupar lugar alguno en la interminable serie de las obras de la Caridad.

Porque no sois la caridad, sino la moneda de falso cuño, por siempre y para siempre rechazada en el banco del Reino de los cielos.

Obras buenas, pero sólo naturalmente buenas, que no quedarán sin recompensa: es verdad.

Por la recompensa baja y rastrera que habéis buscado; el premio de la exhibición, de la ostentación y del placer.

Todo eso y muchas cosas más, que llegarían a asombrar al mundo, podríais hacer, sin poseer un solo átomo de Caridad.

La Caridad es paciente, es sufrida, no busca en primer término su propio bien, sino la glorificación de Dios Nuestro Señor.

No lo olvidemos.

Es paciente, es sufrida, es mortificada.

Miremos a Jesús. Su trono es la Cruz desde allí reinó: *Regnavit a ligno*.

Miremos a María. Su trono es la escarpada cumbre del Calvario. Allí reina su Caridad, que sobrenada en el mar inmenso de la tribulación y del dolor: *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem*.

Pero el Reino de la Caridad no es de este mundo, su triunfo está en el cielo.

Es un reino que no se conquista con el capricho de la desobediencia, sino de la sumisión más completa y más rendida.

Non mea voluntas sed tua fiat. «No se haga mi voluntad sino la tuya»—dice Jesús.

Ecce ancilla Domini. «He aquí la esclava del Señor»—dice María.

¡Oh María!

¡Reina de la Caridad!

Rogad por nosotros.

José Jaén Martínez.

Párroco del Carmen

Viernes de Dolores

En este día celebramos los cartageneros la fiesta de nuestra excelsa Patrona, la Virgen Santísima de la Caridad.

Cartagena, sin distinción de clases, desfila hoy ante la Imagen de nuestra Madre amantísima y eleva fervorosa sus oraciones ante la Reina de los Cielos.

Como consecuencia natural, en casi todos los hogares cartageneros hay alguna Lola, Dolores o Caridad y sin embargo este día el Comercio no lo hace festivo.

Como resulta impropio que se cierre en algunos días «que no tienen tanto fuste» y no se haga en este día tan cartagenerísimo, me dirijo públicamente al Alcalde, que habrá de acoger con simpatía esta idea, para que citando a los diversos gremios en la Alcaldía, acuerden no cerrar en alguno de aquellos días y si hacerlo en este del Viernes de Dolores tan cartagenero por muchos conceptos.

Orencio Bernal.

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES

A tus plantas un pueblo cae postrado lleno de ciega fé y amor ferviente, implorando con labio balbuciente ser por tí protegido y amparado.

Tuyo ese pueblo siempre se ha llamado, es para tí su pecho altar viviente, y tus dolores lora amargamente doñándose a la par de haber pecado.

Quien es de caridad rico venero no ha de negar la que su ser anida al pecador que gime lastimero.

Y la Madre de Dios, toda ternura, al mortal torturado en esta vida de la eterna concede la ventura.

Julio Hernández.

MI CUARTILLA

Otro año más, Virgen Santísima de la Caridad, que me has dado la salud necesaria para poder ir ante las angustias gradas de tu trono, a postrarme de hinojos y elevarte ferviente plegaria en el día de tu Santo.

Soy, Madre adorada, el más humilde de tus siervos que te quiere y te venera.

Poco en tu día he de pedirte, Virgen amada: misericordia para mis pecados y una bendición para mi madre y seres queridos.

Joaquín Mateo.

A la Virgen de la Caridad

Por la noble ciudad de Cartagena eres ha muchos años venerada, y por todos sus hijos ensalzada Por que con ellos eres siempre buena.

Todos mitigan en tu altar su pena Con dirigirles sólo tu mirada, Y pronto se halla el alma consolada Con el murmullo que en tu templo suena.

En tu fiesta anual se regocija La ciudad que te tiene por Patrona Y con tu regio manto se cobija.

Con suma caridad, ella te abona, Y te enaltece, como ilustre hijo, Sometida al poder de tu corona.

Antonio Sintas

Por exceso de originales dejamos para mañana la inserción de varios de ellos. En tercera plana, artículos de interés.